

La Enseñanza.



REDACCION.

REVISTA AMERICANA DE INSTRUCCION Y RECREO.

Señorita Angela Lozano.
Manuel Orozco y Berra.
Hilarion Frias y Soto.
Manuel Peredo.

EDITOR PROPIETARIO, N. CH.

EL ALBUM DE LOS NIÑOS.

AÑO IV. }

MÉXICO, ENERO 15 DE 1874.

{ NUM. 52.

CUENTOS DE MI ABUELO.

LA PEQUEÑA BIBLIOTECA VIVA.

[Concluye.]

Melanía no cesaba de hacerle sobre el particular las mas vivas representaciones. «¡Qué! decía la doncella, cuando como vd. se tienen tan numerosos y sostenidos aciertos, y se ha sobresalido en mas de un género, podrá dudar vd. en reclamar el justo premio de sus tareas? Si me fué siempre tan dulce ser hija de vd. ¿por qué me negaría la felicidad de estar ufana de ello?» No dejaba de acompañar estas reconvenciones con citas que su dichosa memoria le facilitaba; y probaba á su padre que en todos tiempos los hombres mas célebres habían solicitado con empeño el honor de ser miembros de la Academia. Pero ni las insinuantes reconvenciones, ni las numerosas citas de *la pequeña biblioteca viva* pudieron mover á M. de Saint Lambert para dar paso ninguno en favor suyo. Instruido de allí á poco tiempo de aquel compañero suyo que le habia abierto los ojos sobre la inconsiderada jactancia de su hija, y que como él habia logrado frecuen-

tes triunfos, deseaba la plaza por la que tantos anhelaban; y sabiendo ademas que las asistencias de ella eran necesarias á la subsistencia de este digno amigo, M. de Saint Lambert se valió de todos los medios, y se empeñó con todos sus partidarios y favorecedores en favor de este estimable sugeto, á cuyo nombramiento tuvo la dicha de contribuir.

Este rasgo generoso le concilió todos los corazones á M. de Saint Lambert, y fué causa de que en todas partes le citasen como el modelo de los literatos y amigos. El nuevo académico votó tenerle de allí en adelante la mas profunda estimacion, y el afecto mas inviolable. Melanía, sola, bien que en secreto, estaba pesarosa de que su padre no se hubiese presentado como pretendiente; porque su presuncion la inclinaba á creer que hubiera reunido todos los votos. ¡Qué gusto para ella verle coronado con los laureles académicos! ¡Cuánto derecho no hubiera tenido Melanía para decir su sentir en alta voz, para criticar á sus anchuras, y pronunciar sobre todas las producciones literarias! ¡Hija de un académico! ¡quién hubiera osado contradecirla nunca!..... Pero era preciso ceder á la rigurosa justicia que su padre se habia hecho á sí mismo, y aparentar aprobar el nombramiento de su amigo.

El dia en que este amigo fué recibido en la Aca-

demia Francesa, anunció por la mañana M. de Saint Lambert á su hija que tenia dos boletines, y que tendria el gusto de llevarla á esta majestuosa funcion. Melanía, para quien toda reunion de esta especie era un nuevo medio de ejercer sus elevadas pretensiones á la ciencia, y hacerse reparar por las numerosas citas con que habia adornado su memoria, aceptó con apresuramiento la oferta de su padre, y se dispuso á acompañarle. Nunca habia sido mas notable su pedantería. No despegaba los labios mas que para citar tal pasaje de los autores antiguos, ó cual fragmento de los mas hermosos poemas. Aun despues de algun tiempo llevaba esta ridícula manía hasta referir varios versos de *Horacio* y *Virgilio*, que ella habia estudiado, comparado, y comentado en la traduccion francesa; y aunque ignoraba enteramente el latin, pronunciaba sin embargo á veces algunas frases latinas, á fin de persuadir á los sugetos que no habian aprendido esta lengua, que Melanía era universal en su ciencia. Cuando M. de Saint Lambert hacia algunas citas latinas á sus amigos en presencia de su hija, tenia sumo cuidado ésta de hacer que se las tradujesen; y á menudo aplicaba en lo sucesivo con acierto el texto, pues tal memoria tenia.

M. de Saint Lambert, que hasta entónces no ha-

bia usado de precaucion ninguna para citar pasajes latinos en presencia de su hija, y que sobre todo se hallaba muy distante de discurrir que ella los recopilase en su mente con tanta fidelidad, quedó no poco asombrado de oír repetir en la sesion académica á Melanía muchos versos de *Horacio* con tal tino y puntualidad, que hizo pensar á los que estaban á su lado que era versada en las lenguas antiguas. El fuego que en aquel momento despedían los ojos de la *pequeña biblioteca viva*, noble gallardía de su planta, y gravedad enteramente graciosa con que se expresaba, causaron tanta sorpresa á M. de Saint Lambert, que aun él mismo tuvo casi tentaciones de creer por un instante que era una verdadera sábia; pero reprimiendo, no sin mucha dificultad, varias carcajadas á que le provocaba la pedantesca charla de su hija, y á la que aparentaba no oír, se prometió ciertamente curarla de esta extravagancia, y hacerla contenerse dentro de los límites de una modesta y juiciosa doncella.

Presentóse la ocasion en aquel mismo dia. Al salir de la recepcion del nuevo académico, que fué aprobada por los aplausos de un público numeroso y escogido, se volvió á casa M. de Saint Lambert con su hija, toda embebida todavía con los varios trozos literarios que acababa de oír, y mas particularmente con el elocuente discurso del nuevo electo. En efecto, este discurso habia dado muchísimo golpe; Melanía retenia varias citas latinas de él, y rogó á su padre se los tradujese. De allí á unas horas habian de ir á casa del nuevo académico, quien los habia convidado á la gran comida que es de costumbre. Agradaba este convite tanto mas á Melanía, cuanto estaba bien segura de encontrarse allí con célebres sugetos, que no dejarían de ostentar sus tesoros, y de hacer numerosas citas, con que ella enriqueceria su coleccion. M. de Saint Lambert, que leía en el corazon de su hija mejor que esta pensaba, se puso á charlar con ella sobre la mejestuosa sesion á que acababan de asistir. Hizo una enfática enumeracion de las prerogativas de la ciencia; y sostuvo que con ella el hombre mas sencillo y humilde en la apariencia, se hacia muy superior á los mas encumbrados poderosos. Melanía, que pensaba que su padre se entregaba á toda la elevacion de su mérito, y á todo el vuelo de sus pensamientos, tragaba, y recogia cada palabra que salía de la boca de M. de Saint Lambert. Jamas á su parecer se habia hallado tan profundo, ni elocuente. «Sí, hija mia, exclamó majestuosamente, la ciencia y el talento son las únicas cosas que distinguen á los hombres..... y como dice *Ciceron*..... en su *Arte poética*..... Pero se me pasaba que no sabes latin.—¿Qué hace eso, padre? diga vd. siempre; soy inclinada á adornar mi memoria con todos estos pasajes de los varones insignes de la antigüedad.—Pues bien, repuso M. de Saint Lambert, *Ciceron* decia: *Stulta sum deridicula*..... Lo que quiere decir en frances: *la ciencia dá derecho para reir de todo*.—¡Ah! ¡qué bien dicho está, exclamó Melanía repitiendo: *la ciencia dá derecho para reir de todo*..... En efecto, continuó la pedante doncella, nos hace la ciencia tan superiores á los otros, y establece tan gran distancia, que podemos reirnos á expensas suyas, aun sin que lo recelen. No me extraño ya de que citen con tanta frecuencia á *Ciceron*. Suplico á vd. que me repita una vez todavía ese pasaje latino, y doy palabra de que le retendré fielmente.—*Stulta sum deridicula*, repitió muy distintamente M. de Saint Lambert con tono grave y sentencioso. *Stulta*, la ciencia, *sum*, dá; *cula*, derecho; *deridi*, para reir de todo.—Eso basta, respondió Melanía, es una verdad tan hermosa que no la olvidaré nunca; y si vd. me dá licencia para aprender el latin, como se la tengo pedida muchas veces, me prometo seguramente saber de memoria y poder referir por entero el *Arte poética de Ciceron*.—Pero son cerca de la cinco, repuso M. de Saint Lambert; esta es la hora en que acude la gente á casa de nuestro amigo; no hagamos que nos esperen.» Melanía partió, pues, con su padre que le daba el brazo, y no cesó en todo el camino de repetir el bello pasaje de *Ciceron*, igualmente que la traduccion que de él se le habia dado. Lle gados á casa del nuevo aca-

démico, se encontraron, en efecto, con la mas respetable concurrencia. Era lo mas selecto de los sugetos mas distinguidos y amables. Muchas señoras hermosas y modestas estaban convidadas tambien para alegrar y realzar mas este banquete, uno de los mas magníficos que se hubiesen dado tiempos habia. Melanía, que por cierto contaba con hacer un buen acopio de felices ocurrencias y citas, se colocó entre dos ancianos venerables, quienes gozaban al parecer de una celebridad superior. El uno vivo, divertido, y conservando aún toda la lozanía de su tierna edad, estaba á la derecha de la *pequeña biblioteca viva*; el otro, mas serio, harto seco y taciturno, estaba á su izquierda. Pasados los discursos y cumplimientos de uso, Melanía, movida del gusto de hallarse entre dos tan respetables sábios, dió insensiblemente vuelo á sus pretensiones literarias y manía de citar; lo cual sorprendió al principio á los dos ancianos que la rodeaban, haciéndoles creer que poseía una profunda erudicion; pero bien presto Melanía, dejada llevar del deseo de pasar por sábia, seducida del asombro de los que la escuchaban, y embelesada con sus elogios y parabienes, se extravió poco á poco en la ruta difícil que habia emprendido, y acabó citando pasajes tan falsos y ridículos, que comprendieron fácilmente que todo su mérito no consistia sino en su memoria; que su lucida charla no era sino el eco de lo que habia oido, y que en resumidas cuentas era solo una pedante, á cuya destreza podia hacerse caer con facilidad.

El amable anciano colocado á su derecha quiso libertarla de los tiros que de todas partes le asestaban, é impedir que fuese el ludibrio de la numerosa concurrencia que se hallaba reunida; pero una señal que M. de Saint Lambert hizo al intento sin percibirlo su hija, anunció que aquel no solamente no llevaba á mal que se divirtiesen á costa de la *pequeña biblioteca viva*, sino que aun deseaba que le diesen la leccion de que sus extravagantes pretensiones eran tan merecedoras.

El sábio anciano que estaba á la izquierda de Melanía, deseoso de auxiliar las intenciones de M. de Saint Lambert, aparentó admirarse de la vasta erudicion de la sabionda doncella, y le dirigió por su parte las frases mas oratorias y mas inesperadas. Melanía lo acogia todo con ansia; y persuadiéndose de que su vasto y sobresaliente ingenio habia disipado el ceño que reinaba en la frente de aquel viejo austero, duplicó su charla y citaciones. Llegó en su ceguedad y presuncion hasta tener la osadía de echar muchos pasajes latinos, que á cada paso estropeaba, pero con los que creía embelesar y sorprender á todos los circunstantes. Haciendo caer finalmente Melanía la conversacion sobre los beneficios de la ciencia, repitió las grandes máximas que habia oido proferir á su padre, y dijo al amable anciano, que tambien aparentaba estar asombrado, que ninguna cosa era comparable con la instruccion, la cual hacia superior á todos los demas al sugeto mas sencillo. «Y como con mucha elocuencia lo dice *Ciceron*, añadió Melanía entusiasmada: *Stulta sum deridicula*.» Al decir esto, todas las personas instruidas que estaban en la mesa, la miraron pasmadas; y reprimiendo cada una de por sí una carcajada, guardaron todos un silencio que Melanía seguia tomando por un efecto de la admiracion que ella infundia. «¿Ha leído vd. ese pasaje en *Ciceron*? le dijo el sábio colocado á su izquierda.—Sí, señor, en *Ciceron*.—¿Y en qué parte? si vd. gusta.—En su *Arte poética*.» El sábio anciano reprimia, como los demas, una nueva carcajada. «Jamás cito infielmente, repuso Melanía con grave y magistral tono; sí, señores, este pasaje es de *Ciceron*, y hace parte de su *Arte poética*, en el lugar donde haciendo el elogio de la ciencia, dice: *Stulta sum deridicula*..... *La ciencia dá derecho para reir de todo*.—¿Está vd. bien segura, señorita, le dijo el amable sábio sonriéndose sin quererlo, de que esa sea la traduccion del proverbio latino que acaba de citar?—Segurísima, caballero, respondió Melanía con serenidad; y voy á traducirsele á vd.: *stulta*, la ciencia; *sum* dá; *cula*, derecho; *deridi*, para reir de todo.....» Todos los convidados, incluso

M. de Saint Lambert, no pudieron ménos de reir entónces á carcajadas; con lo cual comenzaba á creer Melanía que se habia equivocado; y héla aquí que de nuevo dá principio, y repite palabra por palabra la traduccion del pasaje latino, y todos vuelven á reirse de la jóven pedante. «No veo, continuó esta, lo que puede haber de risible en la bella máxima de *Ciceron*: por lo que hace á mí, la tomo por divisa, y juro no dejarla nunca.—Seria mucha lástima, le dijo afectuosamente el anciano que estaba á su derecha.—Lo temo por vd., le dijo con sequedad el otro anciano. ¡Ah! ¿no ve vd., señorita, que há ya una media hora que están riéndose á costa suya? Vd. no comprende, como lo veo claramente, lo que significa su *stulta sum deridicula*; voy yo mismo á hacerle su puntual traduccion: oiga vd. bien..... *Sum*, soy; *stulta*, una tonta; *deridicula*, muy ridícula.....—¿Qué estoy oyendo? ¡y me habré engañado hasta ese punto! dijo Melanía con desentonada voz.—Sí, señorita, esto quiere decir: *soy una tonta muy ridícula*. Y si no, pregunte vd. á cualquiera que sepa latin.—Mi razon llevaba, repuso dulcemente el otro anciano, cuando dije á vd. que seria lástima que esa fuese la divisa suya.—¡Qué! padre, tartamudeó Melanía dirigiendo sus turbados ojos á M. de Saint Lambert, ¿seria posible?.....—Te han dicho la pura verdad, hija, respondió el padre con entereza, mirándola sucesivamente con airados ojos.» Por esta fulminante respuesta coligió Melanía, que su padre habia llevado la intencion formal de corregirla de una ridiculez que chocaba con su modestia y con el cariño paternal. Conoció Melanía que las pretensiones literarias, y particularmente la manía de las citaciones, son irremisibles en una mujer; y que cuando sus gustos ó una irresistible inclinacion, han formado de ella una verdadera sábia, bien lejos de ostentarlo, su primera obligacion y mayor cuidado estriban en ocultarlo á todos.

LA ESTRELLA Y EL CELAJE.

El dia declina; el último rayo del sol dejó de alumbrar la tierra; apenas se oye el leve aleteo de algun ave, el rumor del viento que mueve al pasar las ramas y las flores, porque estamos en aquella hora en que las sombras y el silencio comienzan á reinar por todas partes. En esos momentos tan tiernos, tan llenos de encantos, nuestros pensamientos se remontan involuntariamente hasta el éter azul, y en ese instante aparece en él la primera estrella, como si viniese á anunciarnos que hemos sido escuchados, que se nos ha comprendido. Esa estrella me hace pensar en ese otro astro que llevamos y necesitamos llevar siempre luciente en nuestro corazon: la fé; ¡desgraciado de aquel que no la tiene á la vista, que no sabe buscar en ella el consuelo á sus penas ó al ménos fuerza para sufrirlas. Nada bueno hay que prometerse del que ha apagado en su alma hasta el último rayo de la fé, en vez de tomarla por guía de su camino, en vez de marchar con los ojos fijos en ella, como el alma que medita los fija en la estrella vespertina durante la hora del crepúsculo. A veces cuando la contemplamos extasiados, viene á turbar nuestros pensamientos un ténue y blanco celaje que se interpone entre ella y nosotros; así viene muchas veces á colocarse ante nosotros una sombra de dolor que parece robarnos hasta el mas débil rayo de la fé; ¡cuán penoso es querer mirar nuestra estrella y hallar en su lugar los blancos crespones de un celaje! Mas ya sigue su camino que creíamos interrumpido; se divisa ya una pequeña, parte de la estrella; un momento mas, y volveremos á verla lucir en todo su esplendor. ¡Héla allí! mas linda, mas brillante, mas poética que ántes.

Así cuando el dolor empañe vuestra vista, cobrad ánimo, no desesperéis, que cuando os parezca que vais á hundiros en un mundo de tinieblas, el celaje pasará y podreis contemplar la diamantina estrella.

ANGELA LOZANO.

Enero 10 de 1873.

Si siembras viento y maldades,
Recogerás tempestades.

J. ROSAS.

El caballo y el ginete.

(FABULA.)

Un caballo de gran prez
Montó un jóven cierto día,
Siendo la primera vez
Que á cabalgar se ponía.

Era presumido el tal;
Pero pronto en su buen juicio
Comprendió el noble animal
Que era el ginete novicio.

Procuró, pues, sostenerle
Y suavemente llevarle,
Ansioso de complacerle,
Aunque podía estréllarle.

Lo malo del caso estaba
En que el jóven no sabía
Cómo al caballo aguijaba,
Ni cómo le detenía.

Así el corcel, aunque bueno,
No podía gusto darle,
Pues él tiraba del freno
Cuando quería pararle.

En cambio, como secuela
De sistema tan trocado,
Daba en hincarle la espuela,
Queriendo verle parado.

El apuro era terrible
Para el que abajo venía,
Siendo su acierto imposible
Por mas que lo pretendía.

Aquel caballo sin par
Llegó al fin á comprender,
Tras probar y mas probar,
Lo que tenía que hacer.

El ensayo era molesto;
Mas vió que obrar le tocaba
En sentido contrapuesto
Al que el ginete indicaba.

Dióle, pues, gusto en su tema;
Pero el ginete, inseguro,
Cambió á su vez de sistema,
Y héte al jaco en otro apuro.

El jóven llegó á creer
Que el corcel daba en burlarse,
Viéndole andar, y aun correr,
Cuando él quería pararse.

—¿Así obedeces, ruin?
Dicen que al fin exclamó:
¿Eres caballo, ó rocin?—
Y el caballo contestó:

«Animal soy, á mi ver,
Que algo te puedo enseñar:
¿Cómo te he de obedecer,
Si tú no sabes mandar?»

La ceguedad de la ira
Solo maldades inspira.

J. ROSAS.

EL MAESTRO DE LOS NIÑOS.

HISTORIA X.

RAFAEL EL IMPACIENTE.

“Dáos prisa lentamente.”

“Rara vez se hacen bien las cosas obrando precipitadamente, y muchas veces mal. Más puede el Tiempo con su muleta, que Hércules con su maza.”

Aun no era de día, cuando el jóven Rafael, que era un tarambana y aturdido de aquellos que todo lo quieren hacer de prisa y atropelladamente, montó en su caballo para ir á comprar trigo á un pueblo cerca de Madrid.

Su padre, al verle salir tan temprano, pues aun no apuntaba la aurora, le aconsejó que se esperara un poco, diciéndole: Rafael, no seas tan vivo, tan impaciente, que *no se ganó Zamora en una hora, y es bueno y prudente dar tiempo al tiempo.*

El jóven Rafael no hizo caso de los consejos de su padre. Arrimó la espuela, y sacudiendo un latigazo al caballo, se alejó al galope sin cuidarse de reconocer el estado de la montura ni del potro tostado que montaba. Este reconocimiento le hubiera entretenido dos minutos, y á Rafael le impacientaban dos instantes de esperar.

Por desgracia, en una de las herraduras del caballo faltaba un clavo.

Aun no habia andado media legua, y ya la herradura sonaba por estar desprendida. A los diez minutos cayó, y se quedó en el camino. No habia por allí pueblo, posada ni herrador. Era preciso que Rafael siguiera su camino al paso, y lo mas despacio posible.

Como el caballo iba pisando con el casco, no tardó en encojarse.

Precisamente tenia Rafael que atravesar un bosque, y fué sorprendido por tres ladrones.

Al verse en tal peligro, pensó salvarse huyendo, y quiso poner su caballo á escape, pues sabia que era excelente corredor; pero no se acordó de que estaba cojo y desherrado. Así fué, que siéndole imposible al noble animal cumplir los deseos de su amo, los ladrones alcanzaron á Rafael, le maltrataron despues de robarle cuanto llevaba, y tuvo que volverse á pié y sin dinero á la casa de su padre.

Este fué el resultado de su precipitacion, y el castigo de no haber seguido los consejos de la experiencia.

Y todo esto, ¿por qué fué?—Porque con su prisa no reparó en que faltaba un clavo.

Niños impacientes y atolondrados, tened presente la historia de Rafael, y la frase vulgar: *«Visteme despacio que estoy de prisa.»*

El ruido de las campanas.

(FABULA.)

De la campana el *din don*,
O si quereis, el *din dan*,
A los que en la torre están
Los aturde con su son:
Si en aquella confusion
Se hablan dos..... ¡mal haya amen!
Por muchos gritos que dén,
No logran verse entendidos;
Mas tápanse los oidos,
Y entónces se entienden bien.

De modo análogo el mundo
Mata con su ruido atroz
De la conciencia la voz.
Del pecho en lo mas profundo.
Mal es este sin segundo,
Que exige igual experiencia:
*Solo el sordo en su presencia
Es el que llega á entender
Los avisos del deber
Y el grito de la conciencia.*

Tarde ó temprano, en el vicio
Encuentra el hombre un suplicio.

J. ROSAS.

MANUAL DE URBANIDAD Y BUENAS MANERAS.

CAPITULO IV.

DEL MODO DE CONDUCIRNOS
EN DIFERENTES LUGARES FUERA DE NUESTRA
CASA.

ARTICULO II.

Del modo de conducirnos en el templo.

I

El templo, como ántes hemos dicho, es la casa del Señor, y por lo tanto un lugar de oracion y recogimiento, donde debemos aparecer siempre circunspectos y respetuosos, con un continente religioso y grave, y contraidos exclusivamente á los oficios que en él se celebren.

II

Es un error lastimoso, y en que jamas incurren las personas que poseen una educacion perfecta, el creer que sea lícito conducirse en el templo con ménos circunspeccion, respeto y compostura que en las casas de los hombres. Y á la verdad, seria una monstruosa contradiccion el admitir y practicar el deber de manejarse dignamente en una tertulia, y ofrecer al mismo tiempo el ejemplo de una conducta irrespetuosa y ajena del decoro y de la decencia, en el lugar sagrado en que reside la Majestad Divina.

III

Desde que nos acerquemos al dintel de la puerta, quitémonos el sombrero, y no volvamos á cubrirnos hasta despues de haber salido á la calle.

IV

Alentraren el templo cuidemos de no distraer con ningun ruido la atencion de los que en él se encuentren, ni molestarlos de ninguna manera; y jamas pretendamos penetrar por lugares que estén ya ocupados, y por los cuales no podamos pasar libremente, por muy devota que sea la intencion que llevemos.

V

Guardémonos de llevar con nosotros niños demasiado pequeños, que por su falta de razon puedan perturbar á los demas con el llanto ó de cualquiera otra manera; y tengamos presente que llevar á la iglesia un perro es un acto imponderablemente indigno é irreverente.

VI

Dentro del templo no debe saludarse á ninguna persona desde lejos; y cuando ha de hacerse de cerca, tan solo es lícito un ligero movimiento de cabeza, sin detenerse jamas á dar la mano ni mucho ménos á conversar.

Dios al humilde enaltece,
Y al soberbio lo envilece.

J. ROSAS.

VII

Aunque el templo es por excelencia el lugar de la oración, á ninguno le es lícito rezar tan recio que perturbe á los demás.

VIII

Abstengámonos de apartar la vista del lugar en que se celebren los Oficios para fijarla en ninguna persona, especialmente de otro sexo.

IX

Se falta al respeto debido á las personas que se encuentran en el templo, á mas de ofenderse á la Divinidad, omitiendo aquellos actos que, segun los ritos de la Iglesia, son propios de cada uno de los Oficios que se celebran. Por esto las personas bien educadas se abstienen de penetrar en los templos destinados al culto de una religion diversa de la suya, cuando no están dispuestas á someterse á las prácticas que ella establece.

X

No tomemos nunca asiento en la iglesia, sin que por lo ménos hayamos hecho una genuflexion hácia el altar mayor. * En una mujer seria grave falta el sentarse ántes de haber permanecido algunos instantes arrodillada.

XI

Al pasar por delante de un altar en que esté depositado el Santísimo Sacramento, haremos una genuflexion; y al retirarnos del templo, si salimos por la puerta principal, haremos tambien una genuflexion hácia el altar mayor.

[Continuará.]

AFORISMOS ANTIGUOS Y MODERNOS SOBRE LA EDUCACION.

El que tiene un padre ó una madre, ó ambos, no debe ser educado sino por ellos; y ni el uno ni la otra deben comprar para sus hijos otros padres.

Los padres pueden llenar debidamente su tarea, tomando cada uno aquella parte de educacion del niño que mas adecuada le sea, y al mismo tiempo una parte de la satisfaccion que nace de su adelanto en la ciencia ó en la virtud.

La mútua afecion del maestro al discípulo, disminuye al ménos en una mitad la pena del trabajo. ¿Qué es lo que consiguen las gentes de alto rango dando á sus hijos toda clase de ayos?

Si ha de responderse con exactitud á esta pregunta, la respuesta es: cuentos y vulgaridades que adquieren tanto en sus palabras como en sus acciones. —HIPPEL.

El maestro debe estar libre de todo interes propio; debe amar en sus discípulos, á ellos mismos y á la humanidad; debe respetar á su discípulo no ménos que á sí mismo y aun observar si se halla en él un grado mas alto de espíritu ó capacidad, que en sí propio.

Debe emplear sus facultades todas en hacer del discípulo un hombre mas estimable de lo que él mismo es.

No debe reclamar de él otra influencia que la que naturalmente sienta.

Si el amor le inspira y la paciencia le ayuda, la conciencia de su divina vocacion le alentará para sobrepujar las dificultades de su tarea.

Solo debe emplear aquellos medios y estímulos que sean nobles, puros y estén en armonía con las ideas esenciales de la humanidad; aquellos que reunan la virtud, el amor, la justicia y la belleza, para que el discípulo le respete como á hombre verdadero. —KRAUSE.

Los padres deben rogar al Señor todos los dias diciendo: «Señor, enseñadme á ocupar dignamente vuestro lugar con respecto á mis hijos.» —RUCKERT.

* La genuflexion debe hacerse siempre doblando la rodilla derecha.

VIRTUDES DE LA INFANCIA.

En la temprana edad de la vida es fácil descubrir ya el germen de las virtudes que mas adelante han de embellecer nuestra existencia.

El tierno niño manifiesta primero una timidez y una vergüenza que le impide cometer faltas, y le hace avergonzarse de ellas. La amistad y la benevolencia le hacen buscar la sociedad de los otros niños de su edad y circunstancias para recrearse con ellos, al mismo tiempo que la bondad le inspira afecto hácia todos los seres sensibles, y la compasion le hace interesarse por los que sufren.

Vamos á presentar en accion algunas de estas virtudes, formando lecturas fáciles y sencillas para uso de los niños, y alternando con otras materias que no van tan expresamente destinadas para ellos.

LA OBEDIENCIA.

Yo conocí una niña llamada Olalla, á la que nunca era preciso mandar dos veces una misma cosa. Obedecía al instante sin hacerse de rogar, sin dar una mala respuesta, cuando la pedian que ejecutase alguna de las habilidades y monerías de su infancia, Jamas deseaba lo que tenian las otras niñas; se contentaba sin replicar con lo que le daban, y cuando le negaban alguna cosa, no por eso se ponía triste y de mal humor. Bien veía ella las rabieta que tomaban otras niñas por esa causa, las lágrimas y gritos con que procuraban alcanzar lo que apetecian; pero este mal ejemplo nunca fué imitado por la juiciosa niña. Es verdad que de poco le hubiera servido con su madre, que sabia que las condescendencias en este caso solo sirven para hacer á los niños mas incómodos y caprichosos. Todo al contrario; algunas veces se complacia de intento en probar la obediencia de Olalla, que nunca dió motivo de queja. Acostumbrada de antemano al sufrimiento, cesaba de ejecutar una cosa á la menor insinuacion de que no convenia hacerla, cediendo ántes que disgustar á los demás. Cuando la preguntaban alguna cosa respondía al instante, sin hablar entre dientes, ni refunfuñar como otros niños. En vista de tal conducta, ¿qué maravilla es que todas las amigas de su mamá quisiesen mucho á Olalla y la llevasen todos los dias á jugar con sus niños?

LA COMPASION.

Cárlos, trepando por un árbol y montando en una gruesa rama, pilló un nido de pajaritos. El nido era de tierra y de pajas, y por dentro de plumitas blandas. Los pajaritos eran tres muy chiquitos y abrian el pico, porque tenian mucha hambre. Cárlos bajó poco á poco del árbol muy contento con sus pajaritos, pero otros dos mayores venian volando detras de Cárlos y dando piadas muy tristes. Los pájaros mayores eran el papá y la mamá de los chiquitos, y lloraban porque aquel niño les robaba sus hijos. Cárlos entendió lo que pedian los padres, y como era muy compasivo, volvió á poner el nido en el árbol, lo mismo que ántes estaba. Entónces todos los pajaritos cantaron de alegría.

LA URBANIDAD.

No hay cosa que tanto guste en los niños, ni que tanto prevenga á su favor, como el esmero que algunos ponen en aparecer corteses y bien educados. A este desvelo debia la niña Ursula el estar bienquinta en todas las visitas, tertulias y concurrencias, aun de personas mayores, y el ser citada como modelo á las otras niñas de su misma edad. Por supuesto, siempre se presentaba con su vestido aseado, la cara y manos limpias, conociéndosele el cuidado que en esto ponía, cuando iba por la calle ó se sentaba en alguna visita. En ninguna parte se conoce mejor la urbanidad y finura de una persona como en la mesa, y por esta razon, callando otras recomendables circunstancias de Ursula, solo referiré lo que hizo un dia que la convidaron á comer fuera de su casa. Si en todo tiempo cuidaba Ursula mucho la urbanidad, al verse en medio de una reunion de personas de elegante cortesanía, (que son entre las que

mejor se aprende) redobló su atencion, procurando observar cuanto ejecutasen. No se fué á encaramar en el sitio que mas le gustaba, sino que esperó á que colocados los sugetos en sus respectivos asientos, la designase el suyo el dueño de la casa. Bien colocada en su asiento, desdobló la servilleta, puso á la derecha el tenedor y la cuchara y empezó á servirse de ellos sin manosear, ni meter ruido. Comia con delicadeza sin atascarse la boca, ni engullir á dos carillos, sin manifestar ansia, ni mirar á los platos ajenos. Cuando tenia que beber, desocupaba primero y se limpiaba la boca, tomando el vaso con una sola mano; aunque con precaucion. Asi llegó con toda felicidad hasta los postres, creyendo que nadie la observaba; mas no sucedió así, porque el dueño de la casa, que hacia los honores del festin, habia estado al disimulo observando sus movimientos; y notando entónces que Ursula dirigia miradas de complacencia hácia la fruta que le habian sacado, sin atreverse á tomar ni á pedir nada, á pesar de la tentacion, escogió una pera exquisita, que mondada y partida por él, sirvió en un plato á la niña, haciendo con motivo de esta fineza elogio público de sus prendas.

LAS CUATRO S S S S.

(FABULA.)

Un principiante y jóven anticuario
Llegó con paso grave y rostro sério
De una iglesia al antiguo cementerio,
En tumbas rico, en inscripciones vario.

Paróse en una losa que ostentaba
Del tiempo las injurias y reveses;
Y al ver una inscripcion con cuatro *eses*,
Exclamó: «ya encontré lo que buscaba!»

—«¿Pues qué buscábais?» preguntó Fabricio.
De aquella iglesia sacristan decano;
Y él contestó: «la tumba del romano
Septimio Sexto Senador Sulpicio.»

—«Sábio sois, dijo el otro, y muy profundo;
Pero el que yace aquí..... yo lo asevero:
Es mi antiguo compinche y compañero
Sebastian Sanchez, Sacristan Segundo.»—

*Fiate en inscripcion de abreviaturas,
Ya tenga fecha antigua, ya moderna,
Y verás, buen lector, con tal linterna,
Cómo te quedas casi siempre á oscuras.*

El puerco-espín y la tortuga.

(FABULA.)

Ufano con las puntas erizadas
Que en su cerdosa piel áspero cria,
De esta manera, razonando á solas,
El puerco-espín decia:

«Tenga el toro sus astas, ó presuma
De su pata el caballo:
¿Qué es su coz comparada con mi pluma,
Cuando con ella furibundo estallo?»

La tortuga que oía
Lo que el taimado puerco-espín decia,
De cobardía ajena

Asomó por la concha el córvo hocico,
Y le dijo riendo: «enhorabuena!
Pero, amigo, es el chasco
Que metiéndome yo dentro del casco,
No ha de dañarme aunque se vuelva mico:
Siendo la sola yo, con tal tesoro,
Que ni le temo á usted, ni temo al toro,
Ni la coz del caballo ó del borrico.»—

Desde que oí, lector, la indirectilla
Que endosó al puerco-espín la tortuguilla,
Cuando algun botarate se me atreya
De los que insultan con afan extraño,
Y con sandeces juzga hacerme daño,
Y camorra satírica me mueve,
Suelo decirle así: *no sea terco,*
Ni se canse en herir, si bien repara,
Que tengo conchas cuando usted dispara,
Y soy tartuga impenetrable al puerco